de salidas que les son negadas a los protagonistas del relato. En especial, la salida que se agrega al fondo del pasillo, a la que el texto no hace ninguna referencia, añade un elemento de escape (y de posible ingreso de las "fuerzas") que no concuerda con el ambiente cerrado que sugiere el cuento.

Si entendemos, con McLuhan, que el libro es una extensión del ojo, de lo cual no faltan ejemplos acertados en la obra del mismo Cortázar (como en *La vuelta al día en ochenta mundos* y *Ultimo Round*), no podemos aplaudir la concepción de esta edición en la que el diseño gráfico no cumple con la función de extender, intensificar o proponer significados.

MARTHA P. DE FRANCESCATO

University of Illinois

JESÚS URZAGASTI. *Tirinea*. Editorial Sudamericana. Colección "El Espejo", 1970.

Tal vez la publicidad en las llamadas sociedades de consumo ha puesto de relieve sólo una imagen de la gente joven. Se da en la tecla y se la machaca hasta el cansancio. Lo que nace como idea publicitaria se entrona en la vida diaria y se toma por realidad. Y es por eso que los jóvenes desean asemejarse a esa imagen, la cual les ha sido creada por hombres que han pasado sobradamente la juventud. Publicistas, diseñadores, modistos dan el tono a una época, hombres maduros, en fin, que usan la arcilla de la juventud para crear fenómenos inconfesables de oferta y demanda.

La juventud es un buen mercado y antes de ser fenómeno social ha comenzado por ser fenómeno económico. Lo que diferencia la juventud actual de las pasadas es que la juventud de hoy tiene "poder comprador". Tal vez por adecuarse a un estereotipo que le viene por conducto exterior, el joven de hoy día esté más huérfano que nunca y hasta pueda hablarse de una seria pérdida de la identidad. En la era de los contagios masivos decretados por fuerzas exteriores, la individualidad se pierde y hasta llega a convertirse en una excrecencia molesta, en una visita inoportuna.

Pues bien, Jesús Urzagasti, del que sólo se sabe que nació en Bolivia en 1941 y que ha trabajado como periodista y asistente de dirección de "Ukamu" —primer largometraje boliviano— es una voz disidente en el coro. Por el solo hecho de no celebrar su juventud este joven escritor se transforma automáticamente en un rebelde. *Tirinea* es el nombre de una llanura, pero bien puede ser una de esas geografías soñadas, con valor de símbolo. Por de pronto, el lugar no tiene importancia; el paisaje no existe para unos personajes que se esbozan más bien como fantasmas, como desdoblamientos fantásticos del yo autoral. En vano se buscará en esta novela, o *nivola*, la referencia colorista o anecdótica de nuestra época; sólo una volandera mención del conflicto en el Medio Oriente (1967), que por alguna obscura razón preocupa al desquiciado protagonista. En cuanto al resto, ni una sola concesión. Se menciona, en cambio, al pasar, "El Mundo como Voluntad y Representación" de Schopenhauer y esto da la clave. Se trata de un escritor que se resiste al contagio y que se impone proyectar su imagen, su "así es como yo veo", "así es como yo siento".

Hay menudas sorpresas. Al comienzo se habla de un viejo, pero luego se descubre que este viejo tiene 25 años, es decir, un joven que profesa lúcida-mente de anti-joven. Su obsesión desde la niñez: la muerte. Se siente sin pasión para nada.

“¿Puede importar todo esto a un viejo como yo, que se ríe a menudo sin motivo, al que nadie mira con buena cara y que despierta en los niños un incontenible deseo de burlarse?”

Uno de esos tontos graves, se dirá. Nada de eso. Este ser que responde al extraño nombre de Fielkho se ríe de sí mismo. Está consciente de que todo lo que lo rodea es, si no una mentira, por lo menos, una simulación, una co-media de algo. Fielkho vio su primera película junto a un primo muerto a los 20 años. Fecha histórica para su experiencia personal.

“Recuerdo a las bailarinas que levantaban las piernas y daban pequeñas vueltitas y cantaban el vals “Estrellita del Sur”. Creo que ahí se originó mi melancolía y no veo la razón para removerla”.

A Fielkho no lo atormenta su incapacidad para integrarse, sino el no saber claramente qué es o por qué está aquí. Ante su escepticismo, el “poder joven” no es sino una forma nueva del eterno *statu quo*, la fase evolucionada de un sistema caduco, aunque camaleónico. El quiere escribir un relato de 60 páginas. Cree que fracasará, pero eso no tiene ninguna importancia. De hecho la escritura de esas 60 páginas es el tema de *Tirinea*, bien que aquí no haya gorgoritos con el lenguaje, ni técnicas de *prima donna*, ni macuquerías de la novela dentro de la novela y cosas por el estilo. Urzagasti es honesto.

“Quiero estar al margen de una emoción fuerte, es decir, ser yo mismo esa emoción”.

La juventud, al margen de intereses propagandísticos, es un tema que ha brindado siempre momentos inefables en la historia de la literatura, desde el *Werther* hasta *El Gran Maulness* o el *Joven Törless* de Robert Musil. Es aquí donde se encuentra la compañía de Urzagasti y, quizás, también, en las *Memorias del Subterráneo* de Dostoievsky.

Un soliloquio irónico, desesperado y poético. Una prosa gris y neutra que rehuye ese “lenguaje conspicuo” que enfermaba a Elliot.

Un escritor, ni más ni menos.

CLAUDIO GIACONI

Washington, D. C.

ROSA E. VALDÉS-CRUZ. *La poesía negroide en América*, volumen 7 de la “Colección clásicos hispanoamericanos”. New York: Las Americas Publishing Co., 1970.

Esta obra viene a llenar un vacío entre los libros dedicados al estudio de la poesía negroide. Existen, en lengua castellana, la *Antología de la poesía negra hispanoamericana*, de Emilio Ballagas (Madrid: Aguilar, 1944), y *Mapa de la poesía negra americana*, del mismo autor (Buenos Aires: Pleamar, 1946); *Orbita de la poesía afrocubana, 1928-1937*, de Ramón Guirao (La Habana: Ucar García,